

El exceso

Pelayo Pérez García
Sociedad Asturiana de Filosofía

A Pablo Posada, con amistad y reconocimiento.

La experiencia de mi cuerpo es un hábito. Tengo un cuerpo como un *hábito* y habito un cuerpo. Mi cuerpo es para mí una experiencia “natural”, no me sorprende, nunca ha sido un interrogante pese a desconocerlo casi todo sobre él ni tampoco después, al adentrarme mediante las ciencias que lo analizan y lo convierten en un “campo” temático, he adquirido una visión realmente nueva, desbordante, inaudita. Mi cuerpo, aún “recortado” por la neurología, por la fisiología o por la genética, entre otros enfoques posibles y, aparentemente, inagotables, continúa siendo este “fenómeno” cotidiano, habitual, propio que, gracias a esos conocimientos y a la experiencia adquirida, no alcanza, pese a todo, y con toda su complejidad inabarcable, a decirme “algo nuevo”. Vuelvo de los tratados de anatomía, de los estudios embriológicos, del conocimiento de la “célula” o de las redes cerebrales, a la motricidad muscular, al sistema nervioso central o al sistema linfático y asombrado ante la mecánica perfecta del cuerpo ideal, de las capacidades operatorias de sus extremidades o del minucioso recorrido por los órganos y los sentidos que me hablan del mundo exterior, vuelvo, digo, sorprendido de tener, de ser parte de ese mecanismo prodigioso que las ciencias y las técnicas cada día alcanzan a definir con mayor precisión. Pero vuelvo a la cotidianidad de este cuerpo y esos conocimientos, sin embargo, me mantienen en la “naturalidad” que esas ciencias no han hecho *sino ampliar*, definir, cartografiar, incluso explicar su causalidad misma, sus conexiones, sus formaciones, los efectos de unas u otras afecciones, infecciones, reacciones...

Sé mucho más que al principio. Puede reflexionar acerca de mi configuración, tener una idea cabal sobre este cuerpo al que consideraré durante años tan natural como el respirar mismo. Y precisamente por ello, por este conocimiento múltiple y complejo, por la experiencia de unos y otro, sé que lo sigo desconociendo todo, que este cuerpo, yo mismo en fin, es un enigma insondable, algo que excede este empírico, positivo, habitual modo de ser.

Pues es justamente este *exceso* el que cobra ahora figura, del que ahora tengo experiencia, la certeza sensible de un cuerpo propio que excede este cuerpo hasta ahora “doméstico”, común, ahí puesto, aunque me sea, ya de suyo, de tan difícil acceso.

Esta es una primera constatación, y lo es de una experiencia común, sabida, sentida, palpable, neta, pero no por ello “pensada”, detenida, cercada en sí misma. Es la que mienta a este cuerpo del cual yo mismo nunca tengo noticia completa ni la tendré jamás. Un cuerpo del cual solo veo partes, y partes externas, formas que provienen de otras partes, esbozos de lados, de contornos y sensaciones, sonidos, crujidos, dolores, vibraciones, movimientos de toda una “espesura” interior que este volumen contiene, volumen que solo indirectamente capto, a través de la experiencia táctil o, como es “natural”, mediante la percepción del otro, de los otros cuerpos.

Muevo los dedos mientras escribo, me siento sentado, y me doy cuenta de estar fijándome en la pantalla

del ordenador, en donde leo lo que voy escribiendo.

Y entonces el *exceso* se convierte en una sensación que me paraliza. Siento el exceso como propio, tanto que incluso estaría dispuesto a decir que yo mismo soy ese exceso. Me detengo. Es demasiado fácil deslizarse hacia la psicología, hacia los sentimientos, hacia la experiencia subjetiva de este *exceso*, el cual, por cierto, parece haber desaparecido en tanto en cuanto no sólo lo he nombrado sino que lo he neutralizado al continuar escribiendo, y es este deslizamiento justamente el que debo neutralizar, al que debo oponerme.

Entonces, debo dejar de escribir. Este *exceso*, su sorpresa, la inestabilidad que provoca, su intermitencia, su resonancia, ¿no tienen en la escritura su acogimiento, su levedad, el suelo estabilizador de su aparecer mismo?

ii

Erguido, mi cuerpo se muestra como un mástil, un eje vertical que gira sobre sí mismo, que retrocede y avanza, que se tiende, se sienta, extiende sus extremidades, toca, coge, rechaza, manipula y gira o entorna su cabeza, generando, en cada caso, un “campo” invisible pero efectivo, empírico; campo de sensaciones, táctiles o visuales, y campo de fuerzas, de movimientos, de afecciones. Campo que extiende su radio más allá de la piel y de los ojos, perdiéndose en el horizonte de la vista. Campo de la mirada. Campo que alterado en cada gesto, en cada acto, en cada movimiento, tiene en el cuerpo su centro de quietud, la fijeza de una pulsión que expande ondas, que contrae vibraciones, sensaciones, como si fueran las formas mismas del *exceso*, del mundo.

Entonces, parece que *el exceso* va cobrando figura, forma, sentido: *el exceso es el propio cuerpo*.

Y es por ello, *por su propio exceso*, que el cuerpo “natural”, el cuerpo troceado, analizado, conceptualizado por la ciencia, queda desbordado, excedido, haciendo saltar todo *regressus* posible, todo reduccionismo, incluso todo operacionalismo, puesto que sometería al cuerpo a su propio *exceso*, a su circularidad, al situarlo en un “campo” de operaciones que ese mismo *exceso* configura.

Pero entonces, ¿de qué es *exceso el exceso*? O dicho de otra manera, a contrapié: ¿cómo este cuerpo ‘natural’, fisicalista, “puede excederse”? Se dirá que sus mismas operaciones, su actividad corpórea, generan el *exceso*. O también, que sus actos muestran su potencia. No se dice nada, como cualquiera puede ver. Se vuelve, una y otra vez, a lo mismo, al círculo ya trazado, pero se le añaden significaciones dinámicas, energéticas, emergentistas, epifenoménicas, etcétera...Y justamente ahí y así, el *exceso* se muestra como lo que es, excesivo, irreductible, inclasificable, como si trajera consigo algo que pertenece a la indeterminación, a la infinitud, o sabe dios qué.

Claro está, no hablo del término “exceso”, no me refiero a fenómenos físicos, ni neurológicos, ni pienso, por supuesto, en “auras” ni siquiera en estados psicósomáticos volátiles o en alteraciones de la conciencia o en palpitos de adrenalina ni en estados dopaminérgicos o en imaginaciones alteradas, fantasmáticas.

Hablo ante todo de la experiencia del *exceso*, de haberla tenido, vivido, sentido. Del cuerpo excediéndose a sí mismo y, al hacerlo, mostrarnos aquello que el hábito precisamente esconde, elude y aquello a lo que la ciencia no alcanza, el “cuerpo mismo”, el cuerpo propio, al cuerpo oculto por el cuerpo visible, tangible, ahí puesto.

Este *exceso* de lo invisible es una experiencia que disloca al cuerpo, que lo ‘descentra’ y, en ese desajuste, “deja ver” eso mismo que no se puede ver, su corporalidad *desmedida*.

iii

El *exceso* no lo es como desmesura. Al contrario, pero el *exceso* puede llevarnos a ella, a la falta de medida, como confusión, como locura o como angustia turbadora ante la muerte, ante su inminencia. Es el territorio de la *hybris*. En este sentido, el cuerpo es la mensuración, la medida, el límite, de ahí su finitud. El cuerpo es finito porque es el límite de un *exceso*.

El cuerpo aparece, se instituye en y con otros cuerpos. Surge de un vacío y vuelve a otro: del útero a la tumba. El cuerpo está ahí puesto, entre ambos. Nace al mundo mediante el impulso ciego de un *exceso*. El *exceso* de lo viviente. No de *la* vida, sino de lo vital. La corporalidad naturante pone en pie al cuerpo naturado.

El cuerpo como *exceso* no se puede captar, el *exceso* es infigurable y sin embargo es sentido; es una experiencia sin medida, desestabilizadora y reacia a toda reflexión, a toda conceptualización. La estética, la psicopatología, el sueño o el delirio...dan cuenta de este *exceso* que no se confunde con nuestras pasiones, con nuestros deseos. El *exceso*, aunque pueda confundirnos, es todo lo contrario de la confusión.

El cuerpo se mueve, se detiene, actúa en fin y delimita el entorno con sus acciones, a las cuales, a su vez, somete a las leyes de su pertinencia. Es, por otro lado, *pregnante*, sintiente. El cuerpo da la medida del mundo. Es numerador, numerable, cuantificador, dando tamaño, medida del mundo, al mundo. Pero ni el mundo se reduce al cuerpo, ni este al mundo. Ambos se exceden. De ahí el número, la medida, la cuantificación.

La *justa medida* proviene de esta necesidad, de este control de la desmesura, de la *hybris*. Recorre los textos de Maquiavelo al estudiar el cuerpo de la política, que tiene su *exceso*, su *crisis*, su desequilibrio y donde, por ello, lo real no es capaz de ser controlado, medido por acciones que lo exceden, que lo desajustan, convirtiendo a la acción política en un movimiento ciego, inhumano, salvaje.

El *exceso* del cuerpo no es el mundo. El cuerpo es afirmación de esta des-mesura que lo excede, que parece desencajarlo, llevarlo a su misma desaparición, la de sus límites, a la abolición de su cordura.

El cuerpo es potencia, sí pero desbordada, excesiva.

Este *exceso* es acaso el origen enigmático del pensamiento, en tanto en cuanto este es la búsqueda incesante de sentido, de estabilización y de fijeza de esa inestabilidad originaria, de ese impulso ciego que lo determina. Impulso empero de la indeterminación, de la cantidad incuantificable, de la movilidad infinita de sí.

El *exceso* conviene al cuerpo humano. O dicho de otro modo, lo humano es el *exceso* mismo. De ahí el arte, la mitología, las ciencias o la filosofía. Y también la religión, la política. La cultura en fin como círculo donde reordenar lo excesivo, donde signar, fijar, construir un dominio de suyo. La cultura son los rasgos, las trazas, las huellas del *exceso*. Es nuestro universo simbólico: *symbalein*, lo que nos une sin destruirnos. La *metáfora del exceso* es el lenguaje, la palabra escrita, el pensamiento grabado, coloreado. El poema.

Leer un poema, escuchar una sonata, mirar un cuadro, mirar las sensaciones mientras contemplamos un paisaje, ¿cómo es posible?, ¿qué latencia actúa enigmática, inaprensible, inconsciente incluso, antes de hablar, de escribir, de pintar? Ahí, en medio del torbellino excesivo del sentido, las concretudes inaparentes de sus rasgos se convierten en signos, en trazos concretos, en palabras. Y el *exceso* se mide, se limita, se estabiliza y fija en la cuarteta, en el color, en el matema o en el decir que alcanza su dicción.

Pero el cuerpo, el cuerpo desbordado, desabrido, transido, agotado del artista, del delirante, el cuerpo sudoroso, aún temblando de quien ha atravesado “el valle de la muerte”, ese cuerpo da la medida de su desmesura, de su propio *exceso*, el de la experiencia orgásmica, o la del sueño, fenómenos que dan testimonio de esa experiencia nada insólita y que no por pasar desapercibida, es menos común.

iv

El *exceso*, este cuerpo como *exceso*, puedo sentirlo en mí. En su latencia, como la *palabra operante* merleau-pontyana, como incompletud que se busca, como lágrima o risa desatada y, casi siempre, en el súbito aleteo del silencio que nos recorre con una extraña inquietud. Lo extraño en nosotros, de nosotros. Ese es el *exceso*.

Sobre todo, puedo experimentarlo ante el otro. El otro como *exceso*, a la manera de Lévinas, sacralizando el rostro. No es de extrañar. El rostro del otro, la otredad del otro, su inconmensurabilidad, su *exceso* pupilar. No hay nada más profundo, más inaccesible, más inconmensurable que el otro, ni siquiera el infinito estrellado o el océano abisal es comparable.

Lo sublime no está ahí, aunque “desde ahí” sublimemos este *exceso*. Lo sublime está “en” nosotros. Lo constatamos en el *exceso* del Terror, que Marc Richir descubre en el ejercicio *desmesurado* de la Libertad¹. Una libertad que ha perdido los límites del cuerpo, que ha sido trastocada en su *justa medida*, precisamente por la *hybris* absolutista, la cual confunde *exceso* y desmesura. Invertiendo, así, el orden de las cosas. Como en estos tiempos híbridos en los que vivimos.

Es en el descabezamiento del absolutismo desmedido que el Terror, como si una presa se hubiera resquebrajado, salta sobre el espacio de la Corte y rompe las barreras de la contención: el Terror lo anega todo mezclado con un delirio de libertad. El cuerpo, los cuerpos, el *socius*, se desmembra, se disloca, enloquece. *Thermidor* es su nombre y el Emperador su medida.

En esos años, Hölderlin escribe su *Germania* y el silencio será posteriormente la medida de su *exceso*. Hoy, envueltos por la cuantificación del Universo, reducidos los cuerpos a los límites de su *impostura*, atomizados, intercambiables, sustraídos de sí, el *exceso* busca abrirse paso, desbancar a la desmesura, impulsar más allá del delirio el cuerpo del mundo. Pero Hölderlin hace mucho tiempo que ha enmudecido. Y nadie escribe hoy el poema de nuestra *tierra baldía*.

Es también así, y en nuestro presente, como podemos experimentar el *exceso*, en medio de nuestra impotencia, en medio de la inminencia del desastre.

¹ Véase Du sublime en politique, Payot, 1991.

Y sin embargo, es este mismo *exceso* la fuente de sentido, el camino sin huella, sin trazos, sin recorrer aún, que puede indicarnos el futuro.

